

SIEMPRE AQUÍ

“XQ POR MUCHAS PERSONAS QUE TE FALLEN, YO SIEMPRE ESTARÉ AQUÍ”. Marcel escribe esta frase una y otra vez en la pantalla del ordenador. Las lee en voz alta. Entona con gesto exagerado. Cree que es lo que estaba buscando.

Coge una mochila y la llena con un par de mudas, dos toallas, un jersey, un saco de dormir, un cepillo de dientes y un spray de pintura roja. Trastea en la parte superior del armario y saca una bolsa con una tienda de campaña de esas que se abren solas. Detrás de la silla localiza su guitarra que se echa al hombro. Abre la puerta de la calle y se despide en voz alta diciendo: ¡Adiós mamá! La madre tan solo acierta a decir: Hasta luego, hij... ¡PLOF!

Cruza calles, sortea coches, salta charcos, atraviesa parques, asusta palomas, y finalmente para frente a un muro de tres metros de alto que cierra un gran jardín entre edificios. Saca el bote de spray rojo y con decisión escribe: “XQ POR MUCHAS PERSONAS QUE TE FALLEN, YO SIEMPRE ESTARÉ AQUÍ”. Se separa unos metros del muro y observa taciturno “La obra”, la frase. Se encoge de hombros.

Saca la tienda de campaña, FLOSH!, y la coloca bajo la frase de la pared. Deja la mochila y la guitarra dentro de la tienda y se sienta en el suelo. Mira tranquilamente al frente. A escasos metros se levanta un enorme edificio, viejo y estropeado, de catorce pisos. Clava la mirada en una ventana de la segunda planta y comienza a gritar.

—¡LUCÍA, LUCÍA!

Vecinos se asoman a ventanas y terrazas. Lucía, incrédula, aparece también.

—¿Marcel? ¿Qué coño haces ahí?

—Tengo que hablar contigo —grita Marcel amplificando la voz con las manos delante de la boca.

Lucía baja a toda prisa y se dirige con energía al lugar donde está Marcel que de un salto se pone en pie.

—Te dije que me olvidarás, que desaparecieras de mi vida —Lucía abochornada, mira a todos lados. Habla enfadada y en voz baja.

—No soporto este dolor que me oprime el corazón. No sé qué hacer con mi vida. No logro dormir. Te quiero Lucía. ¡TE QUIERO! —dice Marcel con la voz quebrada.

Varios vecinos contemplan la escena.

—Niña, no seas malaje. Haz caso al niño —suelta una señora.

—¡Lucííí-a, Lucííí-a, más fea que su tí-a! —cantan a dúo unas hermanas gemelas.

—¡Qué chaval más sufrido! —dice un señor gordo mientras ojea el Marca.

—¡Con lo guapo que es! —dice su mujer mientras tiende la ropa.

La sangre empantana la cara Lucía. Marcel la contempla derretido. Su único deseo es besar y abrazarla.

—¡Sal inmediatamente de aquí y recoge tus cosas! ¡Desintégrate! —grita Lucía a escasos centímetros de la nariz de Marcel.

Impávido ante el desprecio de su amada, observa cómo se aleja en dirección al edificio maldiciendo y blasfemando y a punto de tirar al vecino ciego que salía dispuesto a vender sus cupones diarios. Tras recomponerse, el invidente se acerca a Marcel.

—Oye, niño. No la dejes escapar. Vale su peso en oro. Aunque es un poco fiera son las que más guerra dan luego en la cama. Además, está de buen ver. Estos ojos ven en las tinieblas —dice señalando su cara.

Marcel parece no escuchar. Entra en la tienda de campaña y saca la guitarra. Sentado en el suelo, rasca las cuerdas y se pone a cantar una canción:

*Vamos al parque,
Pienso en tu vida, alucinante.
Abre los ojos, cierro los míos,
Como dos ciegos, Marcel y Lucía*

Una pareja de punkis con cinco perros sarnosos se acerca a Marcel.

—Quillo, por qué no te tocas una de Camarón o Manu Chao y te acompañamos con el djembé del coleguita Pas.

Marcel, sin apartar la vista del edificio, cede la guitarra a la chica punki. Comienza un recital de toque y desafíe acompañada por la percusión arrítmica del novio. Indiferente ante el desastre sonoro imagina a Lucía tirada en la cama llorando triste. De nuevo, grita desesperado la letanía.

—¡Lucía, Lucía, Lucía,...!

La chica punki saca un teléfono móvil y se pone a hacer llamadas. Marcel hipnotizado no cesa en su súplica repetitiva.

Lucía en la habitación recibe la visita de la madre.

—Quieres asomarte a la ventana y decirle que suba de una vez.

—No puedo mamá. Que se pudra. No deja de coquetear con cualquier chica que se ponga en su camino. Me comen los celos con este tío.

—Sí, pero no sé qué le has dado estas últimas semanas que está extasiado. No para de hacerte regalos. Además, es guapo a rabiar.

—Tengo mis aventurillas por ahí.

—Eres muy atrevida ¿no?

—Sí, mamá, como tú.

—¡Cuidado con lo que dices, lista! Estamos hablando de ti y solo de ti.... mientras no te hagan un bombo como me hicieron a mi con 15.

Una hora más tarde, alrededor de Marcel se ha formado una pequeña fiesta con un grupo de unos treinta jóvenes que rulan porros y pasan litronas. A la bulla formada por el colectivo de punkis y su música atonal, se incorporan vendedores con puestos de sortijas y morralla variada, un dealer con el mejor costo de la zona y dos hare krsnas que pasaban por allí repartiendo pastelitos de zanahoria y coco.

Marcel, abstraído del ruido y la actividad que le ronda, continúa invocando a Lucía que de pronto, se deja ver con los ojos lacrimosos en el borde de la ventana. Marcel grita entusiasmado.

—¡LUCÍA!

La música y el bullicio para, todo queda en silencio. Los participantes en la fiesta rodean a Marcel. Las ventanas de los vecinos se llenan de curiosos. Lucía mira a Marcel. Marcel mira a Lucía. Lucía saca medio cuerpo por la ventana.

—Marcel,... ¡TE ODIO!

—Lucía,... ¡PERDÓNAME!

—¡Ooh! —resuena en el lugar.

Vuelve el jaleo. Unos punks bailan y saltan rodeando a Marcel: “Mar-cel, Mar-cel”. Los pastelitos de los krsnas caen al suelo, cosa que aprovechan los perros para hincar el diente. Los vecinos critican abiertamente: “Mira que dejarlo tirado así”. “¡Se creerá que basta con pedir perdón!”. ”Menuda fiesta ha montado el cretino ese ahí abajo”. “¡Qué pesadilla de tanto Lucía, Lucía!”. “Esto no va a acabar bien, no señor”.

Lucía en la cama muere y golpea la almohada, llora y maldice el momento que le está haciendo pasar su ya, decididamente, ex-novio.

—Lo quiero matar. ¡Que se largue de aquí, por favor! ¡Qué vergüenza!

—Si al menos lograras perdonarlo unas horas, te podrías desembarazar de él, y luego si te he visto ni me acuerdo —dice la madre apoyada en el quicio de la puerta mientras se lima las uñas.

—No, mamá, volverá por aquí. Su *brasa* es infinita.

Recién entrada la noche, aparece un equipo de reporteros.

—¿Pedro? ¿Nos recibes?... ¿Sí?... El ruido es infernal... Nos encontramos en medio de una gran plaza donde se ha reunido un numeroso grupo de jóvenes alrededor de un muchacho. Sus reivindicaciones están escritas sobre esa pared de ahí (Plano de la pared con la frase), y van dirigidas a una joven que vive en el edificio de enfrente. (Plano de la ventana de Lucía). No sabemos los verdaderos motivos de ésta extraña reunión. Nos acercamos a nuestro protagonista. Se llama Marcel... Eh, Marcel, Marcel, ¿me escuchas?... Parece que no da señales de vida. Mira fijamente a un punto del edificio y no hace caso. Eo, eo, Marcel, estoy aquí —Lo agita por los hombros tratando de despertarlo.

Uno de los punkis se acerca a la reportera y da un golpe al micrófono.

—No toques a mi coleguita, ¿has entendido?

—¡Quita tus zarpas de encima, perroflauta!

Los punkis la emprenden a empujones con la reportera y el operador. Arrebatan la cámara y el micro que terminan en el suelo pisoteados al ritmo de la percusión de djembés. Salen del lugar entre una lluvia de escupitajos. Marcel impertérrito sigue vigilando la ventana de Lucía. El vecino gordo se asoma al balcón y empieza a gritar.

—¡Atajo de gandules, largaos de aquí y llevaros al inútil ese! No queremos más fiesta. Si no llamo a la policía es porque son más despreciables que vosotros.

—Vete a cagar, gordo de mierda —le advierte un punki mostrando el dedo medio de la mano.

Todos ríen a carcajada limpia y el increpador es felicitado con palmadas en los hombros y choques de manos por sus compañeros. Un segundo después un cenicero de cristal hace diana en la sien derecha del joven punk que cae al suelo como un saco de patatas. El vuelo de piedras, cuchillos, tenedores, botas militares y hasta un televisor, entre vecinos y participantes en la fiesta, da comienzo. Los perros ladran, las mujeres chillan, los hombres maldicen, los cristales se rompen y Marcel... Marcel permanece absorto en medio de la lluvia de objetos sin que ninguno haga blanco en él. Baja la vista a la puerta de la calle del edificio por donde ve salir a Lucía. Marcel sonríe. La

batalla de objetos voladores frena y comienza una lluvia de insultos a Lucía y Marcel, desde ambos lados, afeando su conducta reiterativa. Ella soporta estoica el chaparrón de adjetivos, sustantivos, proverbios y frases malsonantes y se le hacen interminables los escasos quince metros que separan la puerta de la calle del lugar donde está Marcel. Él parece no escuchar nada y fija la mirada en los andares sensuales de Lucía. Un pequeño río de lágrimas surca el rostro de los dos. De nuevo, el silencio absoluto en el lugar. Todos fijan las miradas en la pareja. Uno frente al otro. A escasos centímetros.

—Ves como no es posible lo nuestro.

—¿Por qué?

—Siempre la lías.

—No.

—Siempre me engañas.

—No.

—Ya no te quiero.

—Yo sí te quiero. Y siempre me encontrarás aquí por mucho que las personas te fallen. Siempre estaré a tu lado. En mí, podrás encontrar refugio ante la miserias de la humanidad. He nacido para quererte, para amarte, para cuidar de ti. —Marcel acelera el ritmo de su discurso hasta hacerlo casi indescifrable—. Quiero ser la cometa que asciende a los cielos profundos de tus ojos azules quiero ser el rayo que ilumina tu oscuridad quiero ser la llave que me permita entrar en ti y echar el cerrojo para estar solos por siempre jamás. —Toma resuello—. A otras les he regalado flores, tú mereces el Jardín del Edén. Te quiero.

Saca una rosa roja de plástico. Lucía no sabe qué decir. Todos miran a Lucía.

—Definitivamente Marcel,... eres... eres... eres un IMBÉCIL. ¡PLAS!

Suelta un tortazo que a punto está de tirarlo al suelo. Da media vuelta y se dirige a su casa bajo la atenta mirada de los congregados. Abatidos todos, empiezan a disgregarse en silencio: unos al interior de sus viviendas, otros por la plaza. Recogen bártulos, los menos agrupan latas y botellas vacías para reciclar, y un pequeño grupo se queda cerca de la tienda de campaña para aprovechar los restos de bebida, comida y cigarrillos que han recolectado del suelo. ¿Y Marcel? Marcel parece congelado en el tiempo y sin expresión alguna. Una hora más tarde entra en la tienda de campaña a dormir.

Al alba, y con viento ligero de Levante, un operario municipal llega a la plaza y con una potente máquina de agua a chorros borra la frase del muro.

A las nueve de la mañana, Marcel sale de la tienda, estira sus articulaciones y gira sobre sí mismo. Observa la pared y ve que la frase ha desaparecido. Permanece un rato pensativo. Recoge la mochila, la guitarra y la tienda de campaña. Sale del lugar, no sin antes pisar el vómito de un punki que está en el suelo dormido.

Llega a casa y escucha la voz de su madre desde el cuarto de baño.

—Marcel, hijo, no me gusta que pases las noches fuera de casa. En la calle hay mucho peligro y además hace frío.

—Sí, mamá.

Enciende el ordenador.

JB-2009